

Consejos a los jóvenes poetas y algunas notas sobre poesía

Basil Bunting

YO LES SUGIERO:

1. Compongán en voz alta; la poesía es sonido.
2. Varíen el ritmo lo suficiente para arrancar la emoción que quieren, pero no tanto como para perder el ímpetu.
3. Usen las palabras y la sintaxis del habla.
4. Teman al adjetivo; hace sangrar al sustantivo. Odién el pasivo.
5. Desechen alegremente el adorno, pero conserven la forma.

Hagan a un lado el poema hasta olvidarlo. Entonces:

6. Quiten todas las palabras que se atrevan.
7. Repitan la operación una semana más tarde, y otra vez.

Nunca expliquen; el lector es tan listo como ustedes.

Traducción: Patricia Gola

EL DICHO DE BUFFON es erróneo. El estilo no es el hombre mismo, gracias a Dios: si así fuera no obtendríamos más placer de la literatura que de la conversación o del coito. Si el estilo fuera el hombre mismo, un trabajo proteico como el de James Joyce no sería posible, ni la falsificación literaria podría satisfacer aunque fuera temporalmente a los críticos más o menos inteligentes. (Por ejemplo, Irlanda). El estilo es algo que debe aprenderse a través de la práctica y el sufrimiento.

Los verdaderos ingleses aprenden el lenguaje hablado con distintos grados de éxito. Raras veces comienzan a aprender a pensar en forma ordenada. Estilo es el nombre que recibe la habilidad en el uso del lenguaje para comunicar pensamiento. Cuando se define de esta manera resulta imposible imaginar que pueda ser del todo individual, como una huella digital. Es mucho menos diferenciado, como la vestimenta. Cierta hombre sigue la moda y luego hace variaciones que se ajustan a su propio gusto. Desde luego juzgamos mal al hombre que dice: la vestimenta es el hombre mismo.

También es como la aptitud matemática.

Antes de que el lenguaje se haga preciso, todas las series de adjetivos y adverbios deben ser reducidas al mismo orden y analizadas con la misma minuciosidad que las de los números. Los sustantivos y los verbos deben ser cuidadosamente clasificados, llenando brechas en las series.

Algunos adjetivos como los de color, temperatura y peso pueden ser tratados por una extensión de las matemáticas existentes: son compuestos formados por un número y un sustantivo. Pero es necesario inventar muchas ciencias nuevas tan exactas como la física antes de que sea posible escribir con precisión acerca de un tema.

Mientras tanto el poeta es como el granjero que juzga el peso de un ternero por su apariencia, o de hecho es menos preciso porque independientemente de su experiencia jamás ha logrado comprobar sus suposiciones en una báscula. Nunca puede poseer demasiada práctica, experiencia y conocimiento de sus precedentes, y jamás debe descuidar una sola oportunidad de verificar sus propios resultados comparándolos con los de otros.

Estas trivialidades

Durante una traducción hay pocas palabras que pueden ser sustituidas por otras sin que cambie parte de su connotación. Es dudoso si la serie de hechos e ideas expresadas por la totalidad de un lenguaje resulta exactamente comparable a la serie de hechos e ideas expresada por otro. No sólo es la suma del lenguaje inglés distinta a la suma del lenguaje francés, sino que resulta incierto hasta qué punto se superponen. John vive en un mundo donde coincide aquí y allá con *l'univers* de Jean: sus periferias se intersectan, pero los centros podrían estar mucho más separados de lo que comúnmente suponemos. Es posible percibir hechos y relaciones en francés que son invisibles en inglés, y viceversa. Esto se debe en parte a que los significados de las palabras no son fijos ni las relaciones entre palabras son definitivas y estáticas, sino que cada vez que una palabra es utilizada cambia ligeramente su connotación. (Esto se encuentra en todos los libros de texto desde la primera generación de escritores que leían en francés —Conrad, Ford, etc.)

Excluyendo *teléfono* y acuñaciones modernas similares, no hay sinónimos internacionales.

Al igual que las palabras, las construcciones están sujetas a ese lento cambio y es más obvia su intraducibilidad. Existe una sutil diferencia en la modificación del sustantivo por el adjetivo cuando el sustantivo está antes en una oración, y dicha diferencia se pierde en alemán o en inglés. Las delicadas alteraciones producidas por la colocación de las palabras en un poema latino, donde están libres hasta un grado desconocido en cualquier otro idioma europeo, son inconcebibles para alguien que no tenga una relación con los clásicos. La existencia de un número dual en ruso y en griego les permite a los hablantes de esas lenguas poseer todo un rango de ideas (quizás hasta ahora insignificantes) que son imposibles para los ingleses.

Cuando uno considera el chino escrito (cf. el ensayo de Fenollosa) o consulta un diccionario chino y encuentra la agrupación poco familiar de ideas junto a los distintos signos caligráficos; o más aún, cuando considera esos lenguajes salvajes capaces de discriminar tan delicadamente entre eventos que unas cuantas horas de diferencia en el momento del evento (o del reporte) o unas cuantas yardas de distancia en la ubicación pueden requerir una

palabra completamente diferente para describirlo, pero que no hacen ningún análisis, de modo que perro blanco y perro negro carecen del elemento común perro (cf. Levy-Bruhl), uno comprende que el rincón del universo conocido expresable en cualquier lenguaje es muy pequeño. Haría falta una fusión de todos los lenguajes existentes y muertos para expresar la totalidad de la experiencia humana, y aún así restaría la masa de lo desconocido y de lo conocido-pero-hasta-ahora-inexpresado-enalgún-lenguaje.

Tal vez existen pocos escritores que piensen con la suficiente originalidad o profundidad como para resentir agudamente los límites que el lenguaje impone a su pensamiento, o para darse cuenta de que aun si rebasan esos límites estarán imposibilitados para expresar sus ideas. "Wovon man nicht sprechen kann, darüber muss man schweigen". (Wittgenstein: el filósofo a quien hay que consultar acerca de los límites del lenguaje en general como medio del pensamiento).

Todos los lenguajes de Europa occidental son altamente analíticos. Descomponen el evento en una serie de conceptos abstractos. Enfatizan sus obligaciones cualitativas con otros eventos y al hacerlo tienden a perder la concepción del evento como una ocurrencia compleja única y a sustituirla por una serie de abstracciones simples semisueeltas. Esto falsifica por completo la realidad y nos obliga a vivir en un mundo de fantasmas autoconstruidos.

Las abstracciones reclaman insensiblemente una validez propia y separada. Por ejemplo, *negrura*, *blandura*, y las demás palabras que terminan en *ura* no pueden rastrearse hasta un origen externo al ser humano: dan pie al surgimiento de filosofías "idealistas" y abren la puerta a los misticismos más fantasiosos.

La abstracción analítica de los lenguajes europeos modernos (de los cuales el inglés y el francés son los mejores ejemplos) está en desacuerdo con el reciente desarrollo de la filosofía física. La unión del tiempo y del espacio es tan sólo una de las más sorprendentes series de reintegraciones que resultan armoniosas para nuestras percepciones desnudas, pero que nuestro lenguaje nos ha acostumbrado a considerar difíciles y extrañas. Algunas lenguas salvajes están en mayor armonía con esas ideas.

Puede ser que los hablantes de dichas lenguas se conviertan en los líderes del pensamiento en una era donde el proceso principal del pensamiento sea la síntesis y no el análisis.

Un lenguaje analítico enfatiza la similitud entre las cosas y la diferencia entre los aspectos de las cosas. Así, tiende a desintegrar percepciones inmediatas para sustituirlas por pensamientos de segunda mano. Semejante lenguaje es un medio muy útil para el tipo de pensamiento que produce invenciones materiales: le debemos la mayoría de nuestra maquinaria industrial y gran parte de nuestra organización industrial a la lengua que hablamos, tanto como al sistema químico que nos permite inventar y fabricar poderosos explosivos con los cuales convencemos a los hablantes de lenguas menos analíticas de que admitan nuestras nociones. Sin embargo hemos perdido el beneficio de una visión total, de una concepción unificada, de concentración, de intensidad.

Este fenómeno es comparable a la desintegración de la artesanía: descomponer el conjunto de hábiles gestos (que no están separados entre sí dentro de la mente del artesano) en una serie de movimientos más simples que puedan ser repetidos por distintas personas, y éstos en movimientos todavía más simples que una máquina pueda realizar. Perdemos el contacto con las cosas enteras para relacionarnos con artículos sueltos, y esos artículos se caracterizan por una disolución del significado, una ausencia de asociaciones cuando se comparan con el objeto en su totalidad. Ganamos fluidez y velocidad sacrificando solidez e integridad.

Se dice que el inglés es el lenguaje más analítico del mundo: bien puede ser el más difuso. Es incapaz de intensidad (excepto por la gracia del ritmo y la cadencia: estoy hablando de las palabras en sí mismas, tal y como se presentan en su colocación gramatical común). Las connotaciones de sus palabras, ricas debido a una larga tradición conectada con el francés y el latín, están sujetas a un desgaste incesante. Constantemente están perdiendo su riqueza de significado. Su denotación es estrecha.

La rarefacción de significado en las palabras inglesas está equilibrada con la rigidez de significado en el francés, un lenguaje definido y desecado. El inglés tiende a convertirse en una masa informe de partículas, como un montículo de arena; el francés tiende a volverse rígido y acartonado como la caja de sorpresas de un niño. Pero un lenguaje saludable es flexible y enérgico como un ser viviente: elude las trampas de los redactores de diccionarios, su unidad es la oración en lugar de la palabra y el discurso completo o el poema en lugar de la oración. Refleja la realidad,

pero no rompiéndola en pedazos e intentando reconstruirla a partir de las correspondencias de sus fragmentos, sino mediante un solo acto comprensivo. (Ver el latín de Cátulo, o en forma menos satisfactoria algunos pasajes de Shakespeare. Dante ya se encontraba en desventaja a causa de la actividad analítica de ciertos lógicos industrioses, y sin embargo su poema es un intento sorprendentemente exitoso de sostener un acto continuo. Aunque está más alejado de la unidad que los breves pasajes mencionados arriba, sí mantiene mayor simultaneidad e interdependencia que cualquier otro poema de longitud parecida).

La simultaneidad, la interdependencia, las contrarreferencias continuas y la ausencia de simplificación son características de todos los hechos, ya sean físicos, mentales o emocionales. El diccionario ha puesto grandes obstáculos en el camino del poeta.

(¿El italiano? Maquiavelo fue el último escritor italiano en preocuparse por el lenguaje. Leopardi comprendió que estaba muerto y lo trató como tal. El americano tiene mucha mayor libertad sintáctica que el inglés gracias a la espléndida falta de educación de las clases medias en los Estados Unidos; pero la generación de Zukofsky, con la excepción de McAlmon, sigue tan temerosa de ofender a los demonios del Inglés Puro como Emerson).

Ergo

Es necesario que el poeta comprenda las limitaciones del lenguaje si quiere superarlas. Debido a la inclinación analítica del inglés hemos perdido el poder de sentir fácilmente tanto la unidad como la diversidad de los fenómenos. Nuestra filosofía y nuestra religión están atadas a un estúpido monismo derivado de los libros de gramática. Muchas generaciones de usuarios del lenguaje deberán volverse conscientes de este hecho antes de que podamos reintegrar y desconvencionalizar nuestro lenguaje para volvernos continua e inmediatamente alertas con respecto a la Tierra en donde vivimos e incluso para deshacernos de los últimos derivados de nuestra ancestral devoción a los cerdos.

Dado que estamos obligados a usar un lenguaje analítico, querámoslo o no, debemos buscar el perfeccionamiento de su maquinaria analítica mientras intentamos aportarle más elementos sintéticos. Estoy bajo la impresión (provisional) de que la síntesis será alcanzada parcialmente si apretamos (después de una profun-

da revisión) la sintaxis, mientras que el vocabulario puede permanecer lo más analítico posible. (El Charade del señor Auden parecía insinuar aquí y allá una seria curiosidad acerca de la sintaxis). No tengo bases muy claras para esta conclusión, excepto que la sintaxis es casi el único elemento de nuestra gramática que parece admitir la interdependencia de las ideas. Nuestra accidentalidad está prácticamente resuelta en nociones autónomas abstractas. Sin embargo mantenemos un genitivo que tiende hacia la condición de adjetivo y unas cuantas modificaciones en el tiempo de los verbos. Las demás modificaciones de significado en una serie de ideas relacionadas se expresan hoy mediante pronombres auxiliares y preposiciones: palabras completamente abstractas que por sí mismas sólo poseen significado para el más inveterado de los lógicos y que hasta ahora se niegan a incorporarse a sus principales con el fin de hacer un mundo más válido y concreto para las personas menos dadas a recortar ideas, a separar *yo* de *soy*, etc.

La existencia de dos artículos y varios demostrativos en el uso común necesita justificación, o debería ser gradualmente abandonada. ¿Qué idea asocia el hombre común con *este* o *el*? Este hombre el hombre un hombre etc, son para la mayoría de nosotros no dos, sino cada frase una idea o solamente parte de una idea. Para ciertos propósitos resulta útil aislar el elemento común de dichas ideas —hombre— pero con tal de obtener esa ventaja sacrificamos en el lenguaje la clara distinción que observamos en la vida entre este hombre y ese hombre.

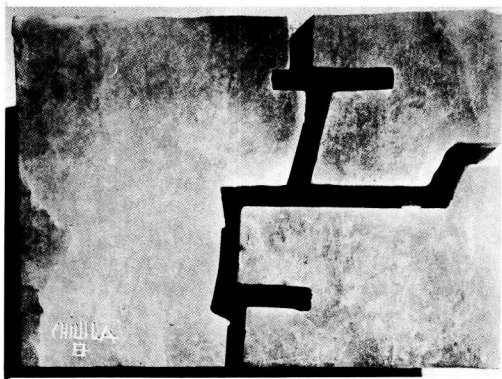
Son estas palabras, teóricamente independientes pero subordinadas en la práctica común y con frecuencia partes insignificantes de palabras —inflexiones disfrazadas— las que hacen del inglés un lenguaje predominantemente monosilábico, de donde se derivan otras desventajas.

La pronunciación impersonal es cada vez más difícil. Los demostrativos implican la existencia de un hablante localizado, y si se usan libremente el poeta llega a descubrir que su creación diseñada para un universal se ha vuelto particular; lo que debía aplicarse al mundo en su totalidad o al hombre en general se ha adherido a su propia individualidad y al hacerlo ha perdido validez, si no en la realidad al menos sí en apariencia. Lo que debía resonar enérgicamente en el interior de todos los lectores se ha vuelto un simple chisme.

La separación del pronombre y el auxiliar del verbo, comentada arriba, dispersa la atención de lo que con más frecuencia deberíamos concentrar. Esto no sucede en latín. *Sum* es lenguaje. *Yo soy* es parloteo. El inglés no es dos veces más difuso, sino muchas veces más, pues la palabra *yo* implica una idea y una serie de asociaciones ajenas a la idea preevocada por la combinación *yo soy*, y ambas asociaciones sólo coinciden hasta cierto punto. La atención está casi obligada a dispersarse. Pero *sum* no evoca las mismas asociaciones que *ego*. Lleva a cabo el trabajo necesario sin sacrificar la discriminación de la persona. Ni siquiera el *eo* de *habeo* se vincula con *ego* de la misma forma en que el *yo* de *yo tengo* se conecta con los demás usos de la palabra *yo*. El inglés muestra una tendencia centrífuga a alejarse del hecho perdiéndose en contemplaciones y a vincularse con ideas abstractas de ser o de poseer por un lado y de personalidad o de identidad por el otro.

En latín las palabras se quedan en su lugar.

Traducción: Guadalupe Alemán



Elogio de la luz, VII. Alabastro, 1968. 19 x 25.5 x 7.5 cm.